

Con esos amigos...



La situación originada primero, con el PRSD y a continuación, con algunos dirigentes del PPD, es sólo un síntoma de una cuestión más grave: la menor cohesión y unidad en torno a los afectos y propósitos de una coalición que, suponemos, todavía encarna un proyecto colectivo”.

Han sido difíciles las últimas semanas para la campaña de Eduardo Frei. La situación originada primero, con el Partido Radical (PRSD) y a continuación, con algunos dirigentes del PPD, partidarios de adoptar una agenda “progresista”, da cuenta de una fragilidad política que podría profundizarse en los próximos meses. Ambos episodios, como otros que hemos presenciado y que seguramente seguiremos observando en el futuro, son sólo un síntoma de una cuestión más grave: la menor cohesión y unidad en torno a los afectos y propósitos de una coalición que, suponemos, todavía encarna un proyecto colectivo.

En efecto, la pérdida de las formas y maneras evidencia, con inusitada crudeza, esta cuestión. El affaire protagonizado por el PRSD fue simplemente bochornoso. Lo que más irrita es que se haya tratado de disfrazar con un aura ideológica progresista lo que no era más que una disputa por cuotas de poder. De hecho, ¿alguien cree todavía que esa maratónica negociación se extendió hasta altas horas de la madrugada porque no existía un acuerdo en torno a la educación pública o la carga tributaria? Muy por el contrario, lo que se presentó como una demanda por mayor presencia e

influencia en el comando, terminó reducida -y satisfecha, sería bueno recordar- con una ampliación de sus cupos parlamentarios.

Fue especialmente incomprensible la actitud que adoptó el propio José Antonio Gómez, de quien sus partidarios más cercanos incluso llegaron a insinuar que podría levantar una candidatura alternativa. Digo incomprensible, por no decir obsceno, ya que el senador radical se sometió a una elección primaria, cuyas reglas conoció, negoció y aceptó en forma previa. Con todas las deficiencias que tuvo dicho proceso electoral, si había quienes no podían desconocer sus resultados, eran justamente los que voluntariamente participaron en ella.

A primera vista, el caso protagonizado por el PPD podría parecer distinto. No son más cupos parlamentarios lo que se busca, se apresuraron a decir algunos. La reivindicación apela a una mayor profundización de la democracia y la justicia social, sentenciaron con voz engolada otros tantos. Si bien puede haber algo de eso, tengo también la sospecha de que una parte significativa del alegato descansa en la pugna de poder que se observa al interior del comando de

Frei y que, evidentemente, ha relegado el protagonismo de los partidos políticos a un segundo plano.

Pero aunque así no fuera, es todavía reprochable el expediente que se utilizó para hacer ver tan noble inquietud. En ambos casos, se aprovechó la debilidad electoral de la candidatura de la Concertación, ya que sin ellos -por grande o insignificante que sea su caudal electoral- no se podría materializar el propósito de prolongar la estadía en el gobierno por un quinto mandato. Para ser claros, ¿le habrían hecho esta pataleta a Frei en la campaña del año 93, cuando a todas luces iba a ganar por una muy contundente mayoría?

Todo lo anterior no debe oscurecer el evidente hecho de que persisten importantes diferencias ideológicas dentro de la coalición. Se trata de posiciones legítimas, que deben discutirse y sancionarse a través de procedimientos que den garantías a todos los sectores. Se debe debatir con pasión, pero también con respeto. Las conclusiones de dicho debate probablemente podrían dar luz en torno a la nueva épica o promesa que debe enarbolar una Concertación que no puede seguir aferrada a sus éxitos del pasado, sino que debe ser capaz de explicitar sus sueños para el futuro. Pero requiere convicción, confianza y lealtad.



Jorge Navarrete P.

Abogado